

MIS ILUSTRADOS VECINOS

Nidia Marín / Facultad de Filosofía y Letras

Por coincidencia o por la receptividad de los seres extraños, éstos siempre se juntan. Un típico caso se da en un edificio estilo *art nouveau*, usufructuante de un elevador de la misma época y que está ubicado en la colonia Roma, donde, sin proponérselo, habitamos, distribuidos en quince departamentos, una verdadera amalgama de maniáticos.

A los primeros que conocí fueron los porteros. Viven en el sótano y son: don Ranulfo, un anciano que habla solo y que padece de insomnio, por lo que es frecuente verlo a cualquier hora de la madrugada barriendo la calle, y su esposa, doña Concha, medio curandera y tan anciana como él. Tienen una hija, María, casada desde hace siete años con un carnicero aficionado a la guitarra. Son padres de siete hijos y medio, y María dice que cuando se les inundan los cuartos en época de lluvias, su pesadilla favorita consiste en ver que se ahoga uno de ellos.

Después traté a Sonia y Enrique, vecinos del departamento uno. A las doce de un día toqué a su puerta y salió él en pijama. Bastante molesto, me preguntó:

—¿Sí?

—Lo siento —le dije—, pero tontamente olvidé las llaves dentro de mi casa y necesito llamar a un cerrajero. ¿Me permites tu teléfono?

—Cómo no —respondió todavía molesto—. Y perdona mi enojo, pero es que hace una hora una mujer nos despertó a Sonia y a mí para vendernos una revista protestante llamada “Amanecer Cantarín”, y ya te puedes imaginar el berrinche que tengo. Sonia y yo nos levantamos a las tres de la tarde. Realmente despertamos hasta las seis, pues nuestros trabajos de ilustración se inician a partir de las once de la noche más o menos, por lo que ya supondrás a qué hora nos acostamos.

Enrique es un joven director de cine que pocas veces tiene trabajo y Sonia, por su parte, es psicóloga, pero no ejerce. Hice mi llamada y días después, como mi horario nocturno coincidía con el de ellos, regresé a su casa. Encontré a Sonia leyendo *Ceremonias* de Cortázar, mientras con la mitad de cada ojo veía una película francesa en el canal once, en tanto que Enrique encerraba en su jaula a “Dante”, el cuervo, para que durmiera. Ahí conocí al tercer personaje: “Clung-Clung” Ortiz Mora y del Parral, descendiente de nobles españoles —según él—, nacido en Atargea, Guanajuato, y tan tímido que un día que me tropecé con su pie y le dije “perdón, querido”, lo más que acertó a decir fue “qué bonitos lentes traes”. Pregunté a Enrique el origen del apodo “Clung-Clung” y sonriente contestó:

—Se debe a que, cuando en alguna fiesta bebe demasiado, se desnuda de prisa y llama a los bomberos.

El departamento del tímido es el número cuatro, una reminiscencia imperio-porfiriana-



na, con estatuas y óleos del dictador y del emperador Maximiliano por todas partes, a excepción de la puerta principal, donde sólo hay una corona dorada.

A don "Fili" —Filiberto—, vecino del departamento siete, lo conocí en la panadería de la esquina, donde todos los días, exactamente a las seis de la tarde, compraba su tostón de pan. Tenía cerca de noventa años y era de oficio enterrador. Solo, sin parientes, su única diversión era salir los domingos con su novia "Cuca" —señorita de setenta años— a las nueve de la mañana en punto (vestidos con chamarras y botas de montaña, gruesas medias hasta la rodilla, coquetas gorras y provistos, desde luego, de piolets), llegar hasta el zócalo y regresar a la hora de la merienda.

Don "Fili" murió el último día de un año y Cuca dos días después. Ahora amenaza con ocupar el departamento una madura actriz de teatro, dueña de una histeria del tamaño de su protuberante vientre.

El número once lo habita el "Tío Charlie", periodista norteamericano que habla, naturalmente, una extraña mezcla de inglés y español. Su *hobby* es beber en la "La inspiración", un bar donde lo conoce muy bien el cantinero quien, cuando ve que Charlie ha bebido su ración diaria de tequilas, toma una botella, le coloca encima un embudo, vacía poco a poco al periodista, y lo envía al departamento uno, donde Sonia y Enrique siempre están dispuestos a conducirlo a su casa.

Los encuentros con el "Tío Charlie" son frecuentes. Cada vez que se va la luz o que se descompone el elevador, ya se imaginarán quién se encuentra allí. Entonces se oye el timbre de alarma y todos salimos de nuestras cuevas a platicar con él. Un día creo que dijo: "Estoy dispuesto a contribuir con la mayor cantidad de dinero para instalar una barra aquí adentro." En otra ocasión venía él de ver al doctor, y al preguntársele sobre el diagnóstico, contestó:

—Yo nunca le pregunto al médico como estoy. Pues supongo que si todo está bien, me lo comunicará, y si no, sólo me dirá adiós.

El "Tío Charlie" odia terriblemente a la vecina del trece, una solterona flaca, enjuta, que usa un sombrero negro, descolorido y torcido por el sol, y que no saluda a nadie. Además, es la única persona que conozco que se molesta si no le cobran la renta el día primero de mes. Cuando los enemigos se encuentran, ella le grita: "Demonio, te vas a condenar." A lo que Charlie solamente contesta: "Bruja, bruja del trece." Después, Charlie suele comentarle al vecino más cercano en esos momentos: "Esa maldita bruja tiene tapiadas todas sus ventanas, por eso cuando sale parece un totem con peluca."

Una señorita de ochenta años habita el departamento dos. Vive con una sirvienta de más o menos la misma edad quien, parsimoniosa, cada mes le pregunta al portero: "¿No ha llegado el *Parí-Ma* (*Paris-Match*) de la niña Soledad?" Dicha pregunta también cada mes es contestada con un gruñido. Correcta, y amable, la señorita Soledad jamás saluda a una sirvienta; y creo que Charlie tampoco es "santo de su devoción".

En el apartamento tres viven Amelia y Joaquín; ella de más o menos cuarenta años y él cerca de los veinticuatro. Hasta ahora no he podido enterarme si son madre e hijo, pues, como dicen que se besan en la boca. . .

Un matrimonio con dos niños —que supongo son mudos, pues no hacen ruido— habita



el número cinco. De allí sólo parte muy seguido la voz de la señora —española, por cierto— que debe haber sido coupletista, ya que sólo canta ese tipo de canciones.

Lorie, fotógrafa norteamericana, dueña de un cortejo de quince gatos que comen a la mesa con ella, vive en el seis. Compañera esporádica de parranda del “Tío Charlie”, muchas veces llegan abrazados cantando “Sweet Clementine”. El cuenta que un día que se le pasaron los tragos en casa de Lorie, cuando despertó y se puso los zapatos, al dar los primeros pasos escuchó un cluch-cluch, signo inequívoco de que los gatos habían hecho sus gracias en ellos.

—Ya había cerrado la puerta —decía—, si no, regreso e inicio la cacería del gato doméstico.

De todos modos, Lorie es una magnífica fotógrafa. Sus obras se pueden ver en las mejores revistas de los Estados Unidos o, arriesgándose un poco, pegadas en los muros de su apartamento.

En el ocho vive un joven sudamericano que, al día siguiente de su llegada a México, fue atropellado por un camión y anda en muletas. Lo acompaña una muchacha francesa que pinta. Cierta día me invitó a tomar café a su casa, y cuál sería mi sorpresa cuando, al entrar, me di cuenta de que las paredes estaban totalmente decoradas, unas con pinturas y otras con majaderías. En el cuarto de baño había una taza extra con un maravilloso helecho al centro y, por supuesto, también con inscripciones.

Habita en el nueve una solterona que carga pistola. Dueña de la cafetería de un hospital de emergencia, como casi nunca está en su casa, los rateros la han robado tres veces. Desde entonces, además de portar arma, su puerta está adornada con cinco chapas. Diariamente, antes de irse, tarda cerca de un cuarto de hora en cerrar. Enemiga de las fiestas, cuando a alguien se le ocurre hacer una, se asoma a la ventana y pronuncia frases no muy apropiadas, las que siempre remata con la exclamación de ¡asesinos!

En el departamento diez vive un español que inventa cepillos de dientes desechables, y cuando logra hacer uno, sale dando de gritos con su aportación científica en la mano. Este inventor fuma puro, y siempre que sube en el pobre de “Porfirio” (así llamamos al elevador) lo deja pestilente. Espero que un día logre inventar un puro que no huelga mal.

Vive en el catorce una señora a la que su hijo, un hombretón de casi dos metros, y ciento veinte kilos de peso, todos los doce de diciembre, en completo estado de ebriedad, le lleva serenata con mariachis. Creo que se llama Guadalupe. . . El caso es que durante ese día, o esa madrugada más bien, doña Marraqueta —así le decimos a la del nueve— les grita ¡asesinos! a los mariachis, y suelta su andanada de improperios, mientras el borracho ríe a carcajadas que se escuchan a una cuadra a la redonda.

El último apartamento, el quince, está habitado por un matrimonio irlandés que todas las noches corre enfurecidamente por entre los muebles. Esto sucede alrededor de las tres de la mañana. Así que cuando uno se los encuentra al otro día, sus rostros demacrados denotan los trabajos forzados a que estuvieron sometidos. Aunque la curiosidad me mata, no les pregunto nunca nada, y prefiero imaginarme lo que ocurre a diario, o por lo menos tres veces a la semana, en esa casa.

Ah, se me olvidaba: yo soy la vecina del doce.